

De una carta de John Berger a Nella Bielski

Te escribo, Nella, desde Gernika. Se me hace raro estar sentado en un café, bajo los soportales, en el centro de un pueblo que durante toda mi vida ha sido para mí, y para el resto del mundo, un cuadro. En el cuadro hay unos azulejos, una ventana rota, un techo y una bombilla. El resto es dolor y protesta.

Hoy Gernika es una pequeña ciudad de mercado, limpia, con calles de una sola dirección y zonas peatonales. Enfrente del café donde estoy sentado hay una florería con el anagrama de Interflora en el escaparate.

Si se sube a la anteiglesia de Lumo, se ve Gernika desde arriba y se comprende porqué fue construida precisamente en ese lugar: un cruce de caminos natural, a orillas de un río que corre entre amplias colinas arboladas. Observada desde un bombardero Junker 52, Gernika era un blanco perfecto: despejada, compacta, indefensa.

En la tarde de aquel lunes 26 de abril de 1937, acababa de terminar una feria de ganado. El famoso bombardeo duró tres horas, y la ciudad quedó arrasada.

Unos escolares juegan al fútbol en la plaza con una concentración feroz. Sobre ellos se alza la iglesia parroquial y detrás hay un pequeño parque. (Toda la zona del País Vasco que abraza la bahía de Vizcaya es muy verde.) Jóvenes parejas se sientan en el césped. La ciudad es lo bastante pequeña para que todo el mundo se entere enseguida de las últimas noticias; lo bastante pequeña para que sea difícil tener secretos; lo bastante pequeña para que la vida sea apacible, sin prisas, siempre que no se trate de una cita amorosa, claro. La discoteca local abre los fines de semana.

Detrás del parque, detrás de las parejas sentadas en el césped, hay un puentecito de madera que cruza hasta una pradera donde se eleva, alto como una capilla, el monumento de Eduardo Chillida a las víctimas del bombardeo. Fue erigido en 1988 y se llama *La casa del Padre*. La "casa" tiene un inmenso boquete irregular en uno de sus muros. Su ingenio reside en que le hace preguntarse a uno si fue por este agujero por donde partieron los muertos o si es por el que llegan hoy, en su regreso.

Cerca de este monumento hay una escultura de Henry Moore: un enorme bronce titulado *Gran figura cobijada*. Un cuerpo está arrodillado entre dos manos, una de hombre y otra de mujer. Pero las dos manos que dan cobijo al cuerpo son también cuerpos, en parte, vistos desde fuera, como ve uno la figura de un guerrero, y en parte, desde dentro, como podría ver o sentir un feto el cosmos del cuerpo de su madre.

Los bombarderos y las tripulaciones que llevaron a cabo el ataque contra la ciudad pertenecían a la Legión Cóndor, una unidad de elite enviada por Goering para luchar junto a Franco y para experimentar la táctica del *blitzkrieg* [guerra relámpago]. Toda la operación fue planificada y dirigida por Wolfram von Richthofen, el as de las fuerzas aéreas alemanas.

El 27 de abril, los nacionales negaron que Gernika hubiera sido bombardeada y acusaron a los comunistas vascos de haber prendido fuego a la ciudad antes de retirarse.

Me pregunto si habrá una ley diabólica por la cual la desvergüenza va invariablemente seguida de mentiras. Parece que lo exigiera la cobardía intrínseca de quienes incurren en ella.

La prensa mundial informó del suceso conforme a su alineación política. Los periódicos de derechas aceptaron en su mayoría la mentira de los nacionales. Los otros denunciaron el bombardeo como el ataque aéreo más brutal habido hasta la fecha en toda la historia de la aviación bélica. No era un blanco militar.

Posteriormente, ese mismo Wolfram von Richthofen proyectó y lanzó muchos más de los ataques aéreos que destrozaron una ciudad europea tras otra. Hacia el final de la II Guerra Mundial, los aliados perdieron sus reparos y arrasaron, a su vez, a una escala aún más devastadora, Hiroshima, Nagasaki y Dresde, siendo las poblaciones civiles de estas ciudades el objetivo principal [...].